

UN VERANO ESPECIAL

Nuria Amat

El último verano, cuando estuve con él, una tarde lo encontré enfurecido consigo mismo porque yo no lograba descifrar lo signos que sus dedos trémulos habían dibujado en el papel de la libreta. Quería hablar pero su cuerpo atacado por un aneurisma cerebral le impedía pronunciar las palabras oportunas. Sus ojos, sin embargo, parecían no perderse un ápice de todo lo que sucedía dentro y fuera del cuarto en el que estaba postrado. A veces, yo prefería poner en duda la gravedad de su mal, quería que mi padre ignorase por completo la verdad de su estado. No quería verlo sufrir ni tampoco sufrir yo para que él terminase sufriendo conmigo. Lo peor de una enfermedad es sentir que ya no eres el ser humano que eras.

Mi padre insistía en querer comunicarse por escrito. El lápiz en su mano parecía una batuta. Iba de arriba abajo, amenazante. Es posible que sus sensaciones respondieran a frases tan sencillas como “tengo hambre”, “tengo frío” o “tengo miedo”. Si llamaban a la puerta se ponía nervioso. Empecé a ver a mi padre como si fuera otro. Su temperamento pacífico por naturaleza se habría transformado en un carácter algo frío y malhumorado. Sabía que quería morir cuanto antes pero un ejercitado instinto de supervivencia me había enseñado a ser olvidadiza también para estas cosas.

El verano estaba en su apogeo. Nada se movía afuera. Ni una nube. Sólo humedad sin aire. Un sol dorado iluminaba de forma casi indecente el cuarto hospitalario. Yo tenía la costumbre de subir las persianas de la habitación. Que la

claridad estival lo encendiera todo como un regalo. Mi padre protestaba. En la penumbra se sentía más a gusto aunque tampoco deseara una oscuridad completa. La lamparilla de noche debía quedar encendida para incordio de las enfermeras que jugaban a apagarla.

Cuando acostada en el diván al lado suyo me ponía a dormir tenía la sensación de que me estaba observando. Le dejaba mirar. De vez en cuando, abría los ojos para preguntarle si necesitaba algo. No respondía pero yo sabía que estaba pensando en todos aquellos atardeceres de verano en los que habíamos convertido el jardín en nuestro lugar de vacaciones favorito. En las tardes, a medida que el sol iba sembrando sombras por el césped, mi padre dejaba el libro que estaba leyendo y salía al jardín como quien pide permiso para entrar en un recinto extraño. Pasaba por entre los rosales y las hortensias y allí se quedaba quieto. Pensando. O simplemente contemplando la duración del tiempo. Yo casi siempre retrocedía cuando me invitaba a acompañarlo. Otra vez el mismo minúsculo recorrido, no estaba dispuesta. Mis ocupaciones eran grandes. Las suyas siempre fueron tan pequeñas que apenas se notaban. Vivía como si no pasase nada. La alegría de vivir era algo antiguo para él. Lo había olvidado. Ya ni pensaba en las cosas que no llegó a ser nunca. Lo que más le gustaba era leer. Después, escribir. Y, sobre todo, pintar. Era un hombre-artista, como se decía de los hombres sensibles de antes. Demasiado artista como para decidirse a ser algo.

La música lo conmovía de un modo especial. “Yo no soy como ellos”, decía refiriéndose a Bach, Mozart, Beethoven o incluso Wagner, como si los compositores fueran dioses a los que nadie podía llegar a compararse. En su escala de valores, los escritores eran mas sencillos. Leía sus libros como si fueran retratos de su vida o espejo de sus pensamientos y emociones. Recuerdo que me decía que para

ser feliz no le era necesario salir de su biblioteca. Y, sin embargo, el verano seguía siendo su estación predilecta. Le gustaba llevarme a cenar a las terrazas de restaurantes distinguidos y tenía conmigo las mismas atenciones que hubiera tenido con una novia o una posible amante. En ocasiones, me tomaba la mano por encima de la mesa y, aunque me disgustase sobremanera ese gesto, no se lo impedía. Mi padre era una persona especial. Lo adoraba. A veces, también lo despreciaba. La pena de su viudedad la arrastraba como la sombra de la luna llena en una playa de verano. El estar separado de ella desde hacía tantos años lo había acostumbrado a una especie de soledad santificada. Un estado más elevado que el de la desesperación a secas. Y mucho más terrible de sobrellevar. A menudo yo cometía el error de comportarme como la hija díscola e impertinente que no se merecía. En momentos así, no podíamos soportarnos. Ni yo a él. Ni él a mi, creo, aunque este sentimiento fuera sólo mío pues mi padre jamás se hubiera atrevido a insinuarlo. Era un hombre solo, mutilado de afecto, con una nueva forma de desesperación que todavía desconozco.

Había habido otras mujeres en su vida, pocas, pero todas fueron secundarias. Una vez me escribió que estaba orgulloso de sus hijos y que sólo por ellos había merecido la pena seguir viviendo, luego de morirse ella, la gran ausente, cuando éramos nosotros tan pequeños que ni recordarla podíamos.

El cementerio era su sueño de futuro. La literatura le enseñaba a aproximarle el camino. Para mi que el verano le atraía porque lo sentía como un anticipo de la muerte. Siempre supo que moriría joven. Nunca buscó otra cosa. Podía arreglárselas sin ella, pero no quería. En su jardín, con sus libros, encontraba todo aquello que había perdido y que ya nunca volvería a recuperar.

Cada mañana, en el hospital, yo buscaba un pretexto para llevarle flores. Sabía muy bien cuáles eran sus preferidas y antes de ponerlas en el jarrón de plástico mortecino, como quien traslada en brazos a un recién nacido, las colocaba sobre su pecho de enfermo. Mi padre aspiraba todo el aroma veraniego y sonreía. Era su única sonrisa del día. Las flores se convirtieron en parte de nuestra existencia hospitalaria.

Un sábado por la mañana, unas lágrimas en su cara vinieron a entorpecer nuestro rito. Mi padre miró por la ventana. De repente tuve aquel extraño sentimiento de que iba a morir.